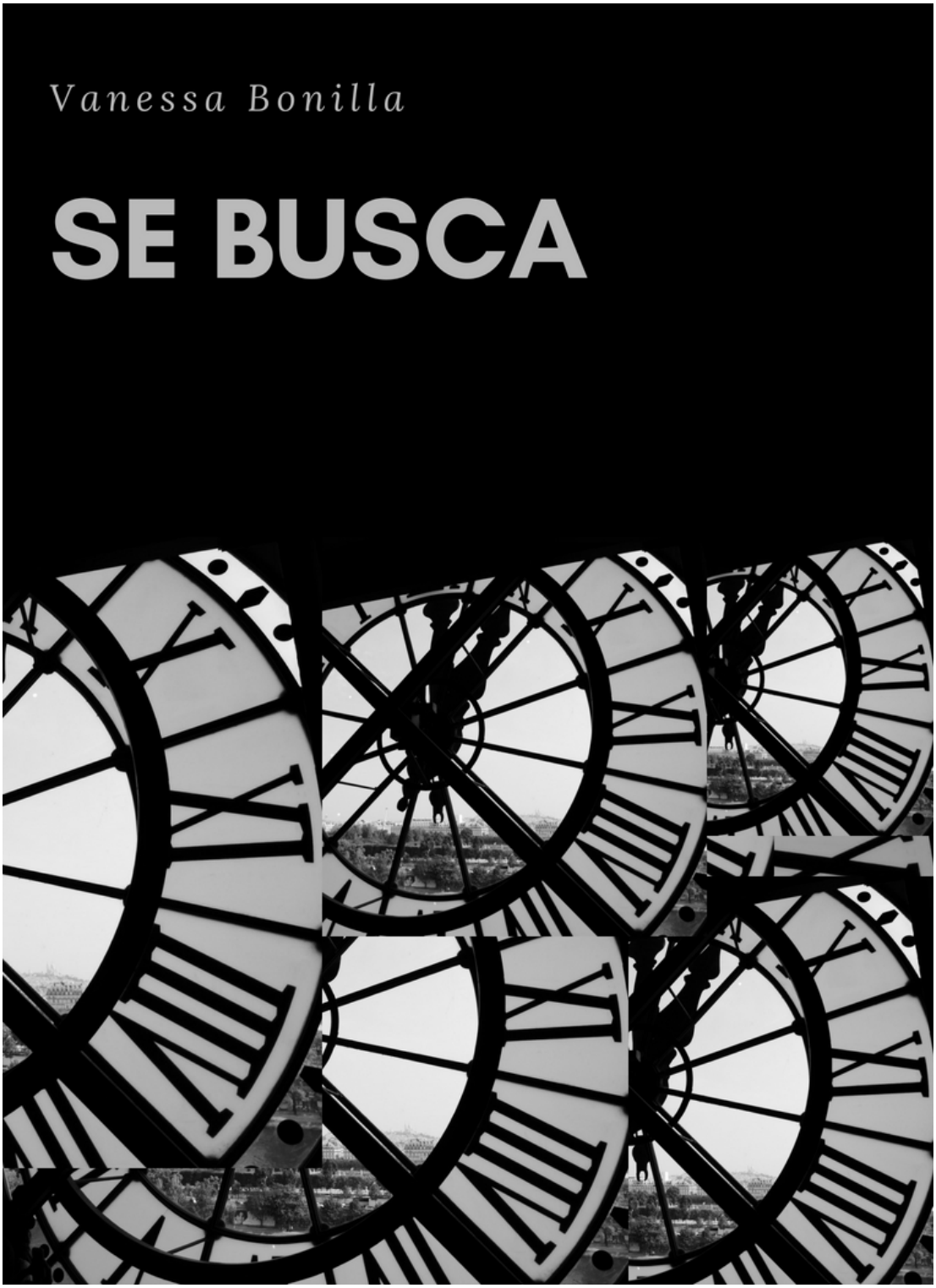
Se busca

Vanessa Bonilla



Capítulo 1

Las pestañas alargadas y húmedas de la mujer se retrataban, como un reflejo, en los dos surcos violáceos debajo de sus ojos empañados. Tenía el cabello rizado, alborotado por la urgencia de sus movimientos y por tanto negar con la cabeza, porque, claro, eso es lo primero que se hace cuando uno no quiere aceptar lo inaceptable.

—No puede ser —balbuceó para ella misma. Luego se acabó la copa de vino tinto de golpe y, mientras tambaleaba, la dejó en el buró de su habitación, pero la torpeza de sus manos alcoholizadas terminó por tumbar la copa al suelo. Se oyó el vidrio romperse contra el mármol, pero ella no se inmutó.

La mujer veía hacia la nada de la noche, a través de su ventana. Estaba absorta en el enjambre que eran sus pensamientos atolondrados por la bebida y repetitivos por un dolor sin freno. No podía hacer sentido de todo lo que había sucedido ni se acordaba cómo le había perdido el rastro a aquello que buscaba. ¿Dónde estaba? Debía de estar en algún sitio. ¿Cómo se le perdió algo tan importante? ¿Se lo robaron, acaso? No, ¿cómo podrían? ¿Quién?

Fue entonces que su boca se entreabrió. Se había sorprendido de su propia ignorancia, de la negligencia infantil de no haberse percatado antes del culpable de todo.

Bajó la mirada y tomó la fotografía que se encontraba encima de su buró. La contempló con un silencio que de pronto rompió en un llanto agudo, casi como un alarido moribundo. Se dejó soltar varias lágrimas sobre el marco de la fotografía que sostenía con fuerza cuando la expresión le cambió el rostro, rompió el vidrio del marco sobre el buró para que hiciera juego con el suelo y salió corriendo en línea chueca hacia la noche.

Unos minutos más tarde llegó a una casa que conocía a la perfección, pero que ahora no entendía. La mujer no sabía si eran los tejados oscuros o la reja despintada; tal vez era que el jardín ya no llevaba sus flores podadas al ras de la ventana de la cocina, que se veía desde el frente. No sabía qué era distinto, pudiera haberlo sido todo.

Aún con la cara húmeda, se acercó a la puerta —que también había cambiado— y tocó. A los pocos segundos, justo cuando ella había decidió retroceder y regresar a su apartamento, salió un hombre con los ojos aún más grandes de lo que ella recordaba. La veía sorprendido, inquieto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó molesto.

—Tú lo tienes, ¿verdad? —murmuró ella.

—¿Qué?

—No estoy para más juegos —y le tembló la voz—. Lo quiero de regreso.

—No sé de qué hablas.

—¡Que lo quiero de vuelta! —gritó ella y se quebró en un llanto violento.

El hombre la miró con el rostro apático y, después de un silencio incómodo y alargado, suspiró.

—No sé cómo… —dijo casi inaudible.

—¡Lo necesito! ¡Lo perdí! ¡Por ti! —chilló—. ¡Regrésamelo!

Un silencio se cruzó con el viento nocturno. El hombre la miró y frunció el ceño.

—Estás loca, tú.

Entonces la mujer le escupió en la cara con inquina y después le aulló una sarta de insultos fuertes que a cualquiera alrededor de la calle vacía le hubiese hecho girar el cuello. Como él no se inmutó, ella decidió, en frenesí, clavarle sus uñas de acrílico en el pecho, pero solo logró romperse el esmalte carmesí. El hombre intentaba quitarse de ella sin lastimarla o aventarla por las escaleras de la entrada -aunque ganas sabía que no le faltaban-.

—¡Ya! ¡Déjame, pinche loca!

Pero la mujer solo tensó sus dientes, rabiosa, y se ancló más a su piel.

—¡Está bien! —y se soltó de ella con brusquedad. Luego le hizo un gesto de desprecio—. Aguántame, ¿sí? Voy… voy por ello. Ya vuelvo.

Y cerró la puerta detrás de él.

La mujer esperó a que él regresara, pero primero salió el sol y de nuevo la noche. Ella, aún con el rostro húmedo, se quedó con la mirada inerte en la puerta sellada mientras perdía más de lo que, con urgencia, aún buscaba: su tiempo.